

En un país donde tales ideas han llegado á prevalecer en el juicio de un número muy considerable de personas, la institucion de asociaciones para obrar en sentido contrario á aquellas seria difícil. A esta circunstancia debemos atribuir el que no se hayan propagado en el Brasil, tan rápidamente como en otros países, algunas sociedades religiosas que por la accion del gobierno fueron introducidas años atras. Las hermanas de la Caridad contaban en 1856 apénas tres casas en todo el imperio y su número era bien reducido en cada una. Los Capuchinos no tenian ningun convento ni colegio para fomento de sus misiones, y los deseos del gobierno relativamente á otras instituciones europeas que debian plantearse para trabajar en la mejora moral y religiosa del pueblo, hasta entónces no habian pasado de proyectos. ¡Se pensaba sin embargo! y esto indica que se conocia la necesidad de remediar un mal que cada dia toma mayores proporciones y amenaza seriamente las instituciones fundamentales del imperio brasileño. Se pensaba sin embargo, lo repetimos, porque las lecciones que pasando dejaron las sociedades antiguas, y las que están dando las modernas, enseñan á los gobernantes que cuando falta el principio religioso en el cuerpo social, los tronos mas poderosos caen derribados por la revolucion; que los gobiernos mas fuertes son trastornados por la anarquía, y que las leyes mas venerables sirven de juguete á los sediciosos.



CAPÍTULO VIII

Estado normal de las repúblicas americanas. — Las costas del Uruguay. — Una reflexion en presencia de las *pampas* orientales. — Cuarentena en Montevideo. — Conversacion de un negro. — Hecho que maravilla. — Elementos de desórden. — Revolucion constante. — Consecuencias que se palpan. — ¿Cuál será su porvenir?

Cuando se considera el estado normal á que viven sometidas casi todas las secciones de la América y que su situacion ordinaria son las revueltas, el robo y la tiranía, como resultado natural de esa conspiracion perpetua de una parte de los ciudadanos contra la otra, nos parece presenciar aquellas luchas sangrientas de que en la edad média fueron víctimas los mas bellos territorios de la Europa. Nos asombra que puedan aun cometerse los hechos de vandalismo que oimos de los árabes y nos indignan las violencias que escudados por su poder cometen los cadís y bajás de la Turquía; y no obstante, registrando con calma y sin género alguno de pasion la triste crónica de cada Estado y de cada provincia de la América española durante el último medio siglo, en-

contraremos hechos tan enormes como los de aquellos, que se realizaron, no en Asia ni en la Turquía europea, sino en América, en países que se llaman repúblicas y siendo sus actores los mismos que se apellidaban restauradores de las leyes y libertadores de los pueblos. No seré yo quien descienda á puntualizar esos hechos, recordando nombres que llevan la marca infamante que aquellos les imprimen. Dejo para los que escriban la historia de las provincias argentinas, de Venezuela, de Méjico y de todos los Estados americanos la penible tarea de relatarlos. Para mí reservo, sí, la bien dolorosa convicción que me dan, de cuán distantes nos encontramos de llegar al punto que se propusieron nuestros mayores al iniciar la independencia de América.

Las costas del Uruguay enrojadas mil veces con sangre derramada, no en guerra extranjera, ni en defensa de la patria, sino en combates fratricidas y por mezquinos intereses de partido, me hablan con ese lenguaje de la evidencia que no puede contradecir la vacía é insulsa palabrería de literatos y periodistas empeñados en convencer á los pueblos que progresan cuando realmente retrogradan.

Pocos territorios de América han sido devastados por guerra tan cruel como el Estado oriental. Una sucesion no interrumpida de sublevaciones y de combates, de sitios y de fusilamientos, de robos y violencias de toda clase, forman su historia de medio siglo. Un asedio tan dilatado como no lo fué ninguno sufrido por otro pueblo del Nuevo Mundo, ha mortificado á Montevideo. Sus habitantes condenados por muchos años á vivir con las

armas en la mano, vieron brotar nuevas discordias en su seno y volver armas unos contra otros los soldados de una misma faccion. La pobreza, el hambre y la desesperacion, asolaron la capital del Uruguay, cuya vida desde entónces fué lánguida y decadente. Desde que pisaba sus playas por primera vez percibia los síntomas de sus males. Conducido á pasar cuarentena en un fuerte vecino, nada encontré allí de cuanto necesita el hombre para vivir. El número de viajeros detenido en aquel lugar era muy considerable, y las habitaciones tan estrechas y su número tan reducido que fué necesario á algunos dormir á la intemperie á pesar de que la estacion era muy fria. Cuando hacia yo otra cuarentena en Alejandria de Egipto, las incomodidades á que el sistema oriental somete á los pasajeros me parecian exorbitantes; sin embargo, en aquel pais remoto tenia al consuelo de ver llegar á la reja del cuartel en que estaba detenido á un religioso de Tierra santa, que mandado por el superior venia á informarse cada dia de lo que necesitaba para proporcionármelo al instante. En la cuarentena de Montevideo mi única distraccion era contemplar desde la altura de la fortaleza las inmensas llanuras que atraviesa el Uruguay. El silencio profundo que reinaba en aquella vastísima region, era pocas veces interrumpido por el galope de los caballos que la recorrian, ó por el grito agreste del *gaucho* que visita su ganado cerca de las márgenes del rio. Los campos del Uruguay, capaces de mantener millones de habitantes, están casi desiertos; los que en ellos habian de manejar el arado son arrancados de su hogar para manejar la lanza. De este modo los que estaban des-

linados á dar incremento á su poblacion perecen á manos de sus propios hermanos que devastan la heredad paterna y entregan á las llamas la choza donde murió su madre. Los desiertos de Asia donde he visto vagar al beduino y correr sobre caballos veloces como el viento al árabe de Palmira y de Bagdad, no me inspiraban reflexiones tan tristes como las que hacia teniendo delante de mis ojos las inmensas soledades de la Banda oriental. En Siria, en Mozul y en Egipto, encontraba desiertos donde existieron ciudades populosas, imperios ricos y una civilizacion desarrollada; aquellas sucumbieron, pero de la misma manera que muere el anciano cuando ha terminado la carrera de su vida; su muerte no es violenta, porque sus fuerzas agotándose gradualmente le han colocado sin sentir á los bordes del sepulcro. Así aquellos reinos famosos, los mas antiguos de la tierra, fueron desapareciendo, pero poco á poco: murieron, pero cuando la época de sus glorias habia ya pasado, cuando en la vida de las naciones poderosas habian desempeñado el papel que les correspondía, y cuando, en fin, la sociedad entera ningun porvenir ilustre podia prometerse de su existencia. Los imperios se desplomaron por los violentos sacudimientos que les ocasionaban nuevas monarquías formadas en su rededor, nuevos intereses despertados en hombres de razas tambien nuevas que se enriquecian con los despojos de las antiguas. La civilizacion emigraba solamente, pero no desaparecia; dejaba el Egipto para trasladarse á la Fenicia, ó se ausentaba de Cartago para ilustrar la Grecia. Pero no es esto lo que sucede en los Estados de América, que se desploman, no

sacudidos por los esfuerzos de potencias rivales interesadas en su destruccion, y perecen sin haber llenado la noble carrera que les abre su posicion independiente en un mundo nuevo. Mueren como el jóven á quien los vicios arrebatan la vida en los dias mas bellos de su juventud en medio de dolorosas convulsiones. Son las pasiones de sus propios hijos quienes les despedazan y los efectos terribles de esas mismas serán tambien la única memoria que de ellos ha de quedar cuando hayan desaparecido.

De estas reflexiones venian á sacarme alguna vez nuestros guardianes con preguntas que no eran para mí desnudas de significado. Se empeñaban en saber ¿si conocia yo en América algun país cuyos mandatarios fuesen negros? Pertenecian ellos á esta misma raza y manifestaban vivo regocijo escuchándome que en Haiti el emperador y todas las autoridades eran de raza y color africano. « Ya yo lo sabia, decia uno á sus camaradas, y así como los nuestros allá gobiernan á los blancos, tambien algun dia gobernarán en nuestra vecindad. Nos desprecian ahora porque somos de color, pero vendrá dia en que nosotros empuñaremos el látigo y entónces nos respetarán. » La asercion de nuestro centinela es la fe de todos los hombres de color que en Rio Grande y en el Uruguay piensan en el porvenir de su raza.

Maravilla causa al extranjero que pisa por primera vez Montevideo, encontrar interviniendo en sus aduanas la autoridad de los agentes de Francia y de Inglaterra. Mas esto no debe sorprender, si se tiene presente que, presa el gobierno oriental y todas sus rentas durante muchos

años de cualquier caudillo que lograba reunir unos pocos soldados que apoyasen su audaz ambición, no eran pagadas las deudas del Estado á sus prestamistas extranjeros. Los dividendos que se debían á estos estaban, ó en la bolsa de los cabecillas de revueltas, ó derramados entre la turba de conspiradores que medraban con aquellas. A este mal no se le divisó fin después que contaba cincuenta años de existencia. Los gobiernos de Francia y de Inglaterra que vieron defraudados los intereses de sus connacionales, quisieron intervenir en las aduanas, quisieron pagarse por sí mismos, y su voluntad fué respetada como lo es casi siempre la del fuerte por el débil. Nadie desconoce el inmenso descrédito que acarrea á los gobiernos un paso semejante; sin embargo, poca sensación produce en hombres llenos de egoísmo y habituados á soportar baldones semejantes. En el estado actual de Montevideo, no quedaba á aquellos gobiernos otro arbitrio que aquel para poner á cubierto los intereses de sus súbditos.

El Estado oriental, en una dilatada serie de calamidades, ha probado hasta la evidencia que abundan en su seno los elementos de mal y que el sistema y los medios adoptados para constituir el país en república soberana é independiente no han sido los que convenían para reprimir el desorden que en los negocios públicos introducen las aspiraciones de los particulares. Se habla siempre de libertad, de instituciones liberales, de garantías individuales, se piden, con exigencia infinita, leyes que aseguren á los ciudadanos la posesión de aquellas bases del sistema republicano; pero mientras tanto, ¿qué

vemos en esos mismos hombres que con arrogancia pretenden imponer á la autoridad y á nombre del pueblo sus propias exigencias? Se habla de libertad cuando se abusa de la que conceden las leyes existentes para organizar logias sediciosas, para conmover las masas del pueblo ignorante y para discutir en presencia de este proyectos calculados para alucinarlo. Se pide libertad, mientras que los mismos que abogan para conseguir toda la que desean, conspiran abiertamente contra las autoridades, les levantan obstáculos en su marcha administrativa y se empeñan en desprestigiarlas á los ojos del pueblo que debe obedecerlas. Se pide libertad y una prensa desenfrenada ataca cuanto hay de venerando para la sociedad é hinca su diente emponzoñado, no solo en las personas á quienes el voto unánime de los hombres honrados pone á cubierto de la calumnia, sino en otras que debieran estar siempre vedadas á los tiros de la mordacidad. El gobierno tolera todo esto, ;y sin embargo se pide todavía mas libertad! Prometen al pueblo instituciones liberales aquellos que para escalar el poder necesitan primero hacer descender al que lo ocupa. Para allanar el camino, el mejor medio es prometer, y esas promesas irritan el deseo de un populacho que ni imagina, ni divisa la imposibilidad que obsta al cumplimiento de aquellas. Ese pueblo es engañado, y cuando se apercibe de que sirvió de instrumento miserable á pasiones ajenas, volverá á conmoverse por venganza, así como ántes lo hizo por interés. Ya se le ha visto lanzarse furioso sobre uno de los demagogos y molerle á palos: quería castigar de esta manera la villanía del que en la Cámara de

que era miembro votaba en sentido opuesto á las promesas que habia hecho ántes de conseguir el poder.

Quieren garantías individuales sin respetar ellos mismos las que sancionan las leyes vigentes. Es una verdad de la que nadie puede dudar en América, que cada vez que llegaron al poder supremo de cualquier Estado los que proclamaban principios mas liberales, lo ejercieron con insoportable tiranía. No respetaron la opinion pública, porque á su juicio « no es mas que un fantasma que ninguna influencia debe ejercer sobre los hombres de principios. » Ni acataron la conciencia de los otros, porque, segun su modo de ver, todos los que disienten de sus opiniones son « miserables retrógrados con quienes no puede discutirse, porque no poseen el precioso tesoro de las luces de nuestro siglo. » Hacen, al contrario, guerra abierta á la conciencia de sus adversarios políticos pretendiendo ejercer sobre ella una influencia vedada. Son tiranos, pero con un género de tiranía tanto mas insoportable, cuanto que hiere á la victima en la parte mas sensible de su ser y pretende hacerla arrastrar la cadena ignominiosa de los traidores. Son tiranos, porque sin poseer las simpatías de los pueblos que gobiernan, necesitan para conservar su puesto recurrir á medios violentos y que están en oposicion abierta con la libertad que proclaman ellos mismos. De esta manera se presentan en lucha constante, en la que sus palabras, contradichas por sus obras, ponen de manifiesto que en su conciencia ningun principio existe arraigado y que siempre se les encontrará de la parte que lo exijan sus intereses particulares. ¡ Ved ahí el móvil de los que con

tanta persistencia claman á fin de que siga la sociedad el camino que ellos indican, á pesar de que la experiencia los convence de que la conduciría á su ruina!

La revolucion constante á que ha estado sometido el Estado oriental ha producido sus efectos naturales y por cierto harto dolorosos. El atraso en todo lo que pende de la accion gubernativa y la falta de empresas que acrediten la confianza que á los individuos inspira la situacion del pais son tan manifiestos, que nadie podrá dudar de este triste hecho un solo instante. Sin recursos el gobierno para promover el desarrollo de los intereses materiales del Estado, y sin crédito para despertar el interes que excita un pais lleno de ventajas para los especuladores, toda su atencion, todos sus elementos y toda su vida están contraidos á sufocar las conspiraciones que dia por dia se traman para derrocarlo. Echad una ojeada sobre Montevideo, observad sus alrededores y sus fértiles campiñas; observad su industria y su comercio y en todo encontraréis estampada la huella de la revolucion: los campos están incultos, porque los que deben trabajarlos viven con las armas en la mano; la industria está paralizada, porque los trastornos políticos no le permiten marchar adelante, y el comercio, lánguido y moribundo, apenas puede atravesar la situacion que le presenta un pais agitado y volcanizado por los trastornos políticos. Montevideo, llamado á ser una de las mas grandes ciudades que bañan las costas del Atlántico, empobrecido por las contribuciones, devastado por los horrores de la guerra civil y aniquilado por las consecuencias de esta misma, aparece triste, melancólico y sin aquella

preponderancia que le concede la posición importante que ocupa. Esa bella capital, llave de dos repúblicas ricas, señora de los caudalosos ríos que deben enlazar á los Estados del Plata, del Paraguay, de Bolivia, y á las provincias occidentales del imperio brasileño, postrada casi completamente, ningún género de influencia ejerce sobre esos mismos Estados en cuya balanza tanto debía pesar. No es menor su atraso moral é intelectual. Poco importa que aparezcan diarios en la capital del Estado, y que un número crecido de folletos vean la luz pública de cuando en cuando : ménos todavía importa que existan escritores que « adornen sus gabinetes de trabajo con los retratos de Thiers, de Lamartine y Guizot, y levanten hácia ellos su vista con el respeto que debe el discípulo á la vasta capacidad de su maestro. » Nada de esto importa, repetimos, cuando en todas partes se encuentran una juventud educada en los principios revolucionarios, hombres públicos que no ocultan su egoísmo y una plebe sumida en la ignorancia. Aquellos mismos hombres que se dicen ilustrados, abundan en preocupaciones ajenas de la verdadera ilustración, las que se advierten en la simple lectura de sus escritos. No es difícil prever cuál vendrá á ser la suerte del Uruguay, prolongándose su actual malestar. El Brasil, por una parte ha dado pruebas muy manifiestas de no estar en armonía con sus intereses, de conservar una vecindad revuelta constantemente y que, contagiada con horribles plagas, amenaza inocular en sus hijos el mal que la devora. Por otra, el comercio y los tenedores de los honos de sus cuantiosas deudas reclaman algún arreglo que ponga á salvo sus in-

tereses perjudicados por la revolución. La Francia, la Inglaterra y el Brasil han manifestado repetidas veces no serles indiferentes aquellas : han querido intervenir en las aduanas de la república, han querido influir en ciertas disposiciones gubernativas, han representado al gobierno mismo la necesidad de adoptar medidas vigorosas para reprimir los excesos de la demagogia, todo esto han hecho ya ; la condición del Estado nada ha mejorado sin embargo. Los hombres que administran el poder se muestran débiles ; á su vez, en el cuerpo legislativo, la revolución encuentra simpatías, y la prensa declama contra el gobierno : no es raro que los pueblos se resistan á recibir los magistrados que les impone el poder ejecutivo del Estado, pues por todas partes germina el mal.

¿Cuál podrá ser la consecuencia de un desorden semejante? La disolución y quizá no muy lejana. Los antecedentes lo dicen con mas fuerza que nosotros. Las enfermedades morales arrastran á los Estados á su fin, así como al cuerpo humano sus males físicos le ocasionan la muerte.

